CAPITULO VI.

IMPORTANCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Nada hai tan interesante en el mundo para cada uno de nosotros y todos cuantos existen, como tener ideas exactas acerca de sí mismo, de su destino, de su fin y de su vocacion, poseer un conocimiento práctico de que hemos nacido para la verdadera felicidad, y de que esta felicidad existe, saber por último que hai medios infalibles para conseguirla, y descubrir y poseer estos medios. Este es el objeto por excelencia, lo único que valoriza y da estimacion á cuanto vemos y cuanto somos, el asunto importante que puede ocupar nuestras diarias meditaciones; y esto es precisamente lo que nos enseña á todos la doctrina cristiana, lo que por ella somos y podemos ser, lo que nos revela y proporciona al mismo tiempo la verdadera felicidad. Calcúlese por aquí todo lo que importa para cada uno el tener conocimiento de ella.

Mas á fin de hacer todavía mas sensibles estas consideraciones, profundicemos estas dos grandes ideas: la doctrina cristiana comprende á Dios y al hombre en el vasto conjunto de sus relaciones.

Comprende á Dios, hemos dicho, porque ella nos enseña quién es, y para qué nos ha creado, descubriéndonos alta y profundamente su ciencia, sus atributos y sus relaciones con la humanidad. Comprende tambien al hombre, enriqueciendo su entendimiento con una ciencia infinita, dando reglas á su voluntad, y conduciendo su libertad al bien por el cumplimiento de la lei divina.

La primera necesidad del hombre es la verdad, porque sin la verdad el entendimiento es nulo: la segunda necesidad del hombre es la lei, porque sin la lei la voluntad seria siempre desgraciada: la tercera necesidad del hombre consiste en los medios para contar siempre con los recursos necesarios en la vida: la cuarta necesidad del hombre se refiere á los auxilios y socorros que no puede proporcionarse por sí mismo, y que hacen indispensable á la naturaleza la cooperacion de la gracia. Satisfechas estas necesidades, el hombre lo tiene todo, lo sabe todo, y lo puede todo; porque entra en una triple plenitud con su entendimiento, con su voluntad y con su conducta. Ahora bien, la plenitud de la verdad está en la fe, la plenitud de la lei está en los preceptos de Dios y de la Iglesia, la plenitud de los recursos está

en la oracion, la plenitud de la gracia comunicada está en los Sacramentos.

¿Y qué consecuencia debemos inferir de aquí? Dirémosla: que la plenitud del entendimiento, de la voluntad y de la libertad, la plenitud del hombre, del individuo, de la sociedad, la plenitud intelectual y moral de todo el género humano está en la doctrina cristiana, pues que ella lo encierra todo en sus cuatro partes, que son, como es bien sabido, *Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos.*

¿Qué serémos con la doctrina poseida? ¿Qué serémos con la doctrina ignorada? He aquí dos cuestiones que nunca debiéramos apartar de nuestro entendimiento, y cuya solucion basta para excitar vivamente en todos el deseo mas ardiente de poseerla. Con ella venimos á ser mui semejantes á Dios, puesto que adquirimos por comunicacion y en nuestra respectiva esfera lo que en Dios hai por su esencia divina y por la necesidad misma de su naturaleza. Es la fe, como dice nuestro manual catecismo, una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. ¿Y qué es lo que Dios dice y nos propone la Iglesia? Lo que el hombre no puede decir nunca por sí, ni jamas son capaces de proponernos la razon, la filosofía y la naturaleza humana. Esta fe, poniendo una venda exterior, digámoslo así, sobre nuestra razon natural, inunda las profundidades todas de nuestra alma con una luz divina y eterna que nos coloca en la posesion de la verdadera y única sabiduría. Las verdades que la fe nos enseña, son infalibles, porque vienen de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; y siendo infalibles, son seguras, permanentes, y se conservan á salvo de todos los sofismas y de todas las contradicciones humanas.

¿Y no mas? ¡Ah! solo el hombre conoce verdades estériles; mas en Dios la verdad es el ser, la verdad religiosa es para nosotros el bien enseñado, y el bien es la verdad práctica y poseida. ¿Qué seria de nosotros, si descubriendo al esplendor clarísimo de la fe los atributos sublimes, las perfecciones infinitas del Ser Supremo, y convenciéndonos de que en él y solo en él está la felicidad, quedásemos en la clase de simples espectadores, sin encontrar en lo absoluto relaciones algunas entre lo que vemos y lo que somos? Pero no: el que tiene fe, está ya en el camino de la felicidad; pues una de las revelaciones altas de la fe consiste en que todos hemos nacido para un último fin, para una felicidad pura, es decir, exenta de toda mezcla; para una felicidad suma, esto es, que encierra la posesion de todo bien; para

una felicidad inmortal, esto es, inmune de todo temor y fuera del dominio del tiempo y de la muerte; y que esta felicidad pura, suma é inmortal, consiste en la posesion de Dios. La fe, pues, hace nacer la *esperanza*, y la infalibilidad propia de las verdades que nos enseña, es la medida tambien infalible de las promesas que nos descubre.

Solo puede comunicar la esperanza el que es dueño absoluto del poder. Pues bien: él no solo la comunica, sino tambien la manda; y por tanto, la mas firme garantía de la esperanza es el precepto que la sanciona.

La fe y la esperanza obran una verdadera trasformacion en el alma. ¡Cómo? Interesando igualmente el entendimiento y la voluntad en la palabra de Dios: porque el entendimiento busca la verdad, la voluntad busca el bien, y la palabra de Dios contiene revelaciones y promesas.

La esperanza es ya en el hombre un juicio práctico de que ha de conseguir lo que desea; y el verdadero cristiano funda este juicio en las mismas revelaciones de la fe. El hombre quiere ir á la vida eterna, porque es la suprema felicidad; y Jesucristo dice á su fe: *Si quieres entrar á la vida eterna, guarda los mandamientos.*[1] Ahora bien: la esperanza que es toda práctica, empeña necesariamente la conducta del hombre, convirtiendo para él en una necesidad mui imperiosa el conocimiento y la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia. Por el conocimiento de estos preceptos merecemos ver á Dios en sí mismo; por su observancia le amamos y le habrémos de gozar eternamente. He aquí pues cómo la esperanza nos hace entrar en la caridad: porque entónces andamos por el camino verdadero; vemos sin sombras, esperamos sin dudas, llenamos los fines de nuestra existencia obrando con rectitud y sabiduría: amamos como debemos amar, pues amar á Dios quiere decir tanto como creer lo que Dios dice, querer lo que quiere y hacer lo que Dios manda. Acordémonos si no de las mismas palabras de Jesucristo vida nuestra: *Amad á Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas:*[2] este es el grande y supremo precepto, el que comprende á todos los demas, del cual penden y al cual se encaminan toda la lei y los profetas. La caridad consiste en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos; y la medida de esta virtud en nosotros es tambien la escala que nos debe servir para graduar nuestra

1 San Mat. cap. XIX, ¥. 17.
2 Mat. cap. XXII, ¥. 37.

perfeccion, nuestra grandeza y nuestra santidad, siendo claro que á los ojos de Dios es *mayor y mas santo el que tiene mayor caridad, sea quien fuere.*

Mas esta santa y divina virtud correria mucho riesgo, si hubiera quedado en la tierra únicamente á cargo del corazon. Muchas veces la creeriamos ver donde no estaba, y otras la despreciariamos sin conocerla, queriéndola sujetar al criterio de los sentimientos puramente naturales. Estaba pues en la gloria de Dios y en los intereses del hombre el que la caridad tuviese un código, y Jesucristo se le ha dado, diciendo muchas veces á sus discípulos, y ellos á nosotros, que la caridad consiste en el exacto cumplimiento de la lei. *Si me amáis, guardad mis mandamientos.* Esta es por lo mismo la voz de la Iglesia católica, y lo que todos hemos aprendido en el primer libro de nuestra infancia. Desde esa época primera de nuestra vida se nos han hecho y contestado estas dos preguntas que comprenden toda la ciencia del hombre. *¿Quién es ante Dios el mayor y mas santo?* Como si dijéramos: ¿quién ha merecido la aprobacion de la Divinidad en el vário sistema de su conducta? ¿quién ha tocado el último punto de perfeccion y de grandeza? ¿quién ha comprendido mejor su vocacion y sus destinos? ¿quién ha sido mas consecuente con las verdades que profesa y las promesas que guarda? ¿quién se halla mas inmediato á Dios, y por tanto á la posesion de la bienaventuranza? *El que tenga mayor caridad, sea quien fuere.* He aquí la regla y el criterio: regla segura, criterio infalible. Salir de aquí es hundirse en las tinieblas, resbalar á cada paso, caminar de abismo en abismo. Ante estos documentos preciosos cae todo el esplendor de las ciencias, todo el prestigio de las artes, toda la gloria del genio y del talento; porque nada de esto sirve, si aquello se ignora.

¿Y quién tiene mayor caridad? ¿Acaso el que ha logrado concentrar en sí mismo todos los sentimientos y apurar todos los goces y placeres de la vida? ¿acaso el que ha sido mas fecundo en esas relaciones que producen las simpatías puramente humanas? ¿acaso el que ya no encuentra guarismo para decir el número de sus prosélitos y aduladores? ¿acaso el que ha conseguido una brillante celebridad entre las vicisitudes de la guerra y en la carrera de las conquistas? ¿acaso el que abriendo sus labios y dejando correr su pluma, logra encadenar la admiracion ante los trofeos de su talento y de su genio? Nada de esto: bien sabemos que todos estos son títulos de amor y de felicidad entre los hombres, y que frecuentemente el corazon humano goza gimiendo bajo

el infame yugo de tan vanos prestigios; pero nada de esto es la caridad. ¿Quién tiene, pues, mayor caridad? *El que mejor guarda los mandamientos.*

Véase pues cómo la doctrina cristiana nos conduce á un punto seguro y claro, llamándonos al camino verdadero y único, y poniendo, digámosto así, la felicidad eterna en nuestras propias manos. Ahora bien: sin fe no hai esperanza, sin esperanza no hai caridad; porque el que no cree lo que Dios dice, el que no espera lo que Dios promete, no cumple la lei de Dios, el que no cumple la lei de Dios, no tiene caridad.

Esta santa virtud lo encierra pues todo, y véase aquí la razon de aquella noble y excelsa primacía que le atribuye el Apóstol de las gentes: *Fe, Esperanza y Caridad: he aquí las tres virtudes; pero la mayor de todas ellas es la caridad.* [1]

Si pues la caridad es la mayor de las virtudes, la prerogativa mas alta de un cristiano, el título mas incontestable que puede poseer á la felicidad, y si la caridad consiste en el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia, ¿qué objeto mas importante se nos puede ofrecer aquí que estos preceptos mismos relativamente á nuestra conducta? Pues bien, ellos constituyen, como ya hemos dicho, el segundo objeto de la doctrina cristiana.

Pero qué, ¿el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia carece de obstáculos terribles que hagan estremecer á la naturaleza humana? Díganlo todos aquellos que han sentido la rebeldía del corazon en el triste combate de sus pasiones. No: la naturaleza humana no es capaz de tanto, y el hombre se perderia infaliblemente, si no contara con Dios. Mas Dios ha prometido á la naturaleza humana su asistencia continua, y ha dejado en su Iglesia abiertas para toda la humanidad las fuentes del Salvador. Pero uno y otro suponen siempre el cumplimiento de ciertos requisitos por nuestra parte. Nada pues nos interesa tanto como el saber y cumplir estas condiciones.

Promete Dios, no hai duda, su asistencia, su auxilio y su gracia para que cada uno de nosotros conozca por experiencia propia, que *su yugo es suave* y *su carga ligera;* [2] mas es con la condicion de que se le pida con solicitud y con instancia. *Pedid y se os dará:* he aquí la peticion erigida en precepto: *buscad y hallaréis:* he aquí la solicitud; *tocad y se os abrirá:* he aquí la instancia. [3] Pues bien, pedir con

1 Epist. I á los Corint. cap. XIII, V. 13.
2 Math. cap. XI, V. 13.
3 San Mat. cap. VII, VV. 7 y 8.

solicitud y con instancia lo que en esta vida y en la otra convenga mas á nuestro último fin: he aquí la *oracion* y con ella el tercer objeto de la doctrina cristiana.

¿Y cómo comunica el Señor sus gracias á los hombres? Por señales mui sensibles para que cada uno sepa con lo que cuenta, y persevere sin tantos obstáculos en el camino de la virtud. Ya se entiende que hablamos de los *Sacramentos,* instituidos por Jesucristo y administrados por la Iglesia, como una medicina infalible y permanente de salud, puesto que son *unos remedios espirituales que nos sanan y justifican:* nos sanan, *dándonos gracia interior por señales exteriores:* nos justifican, *por los méritos de Jesucristo nuestro Señor, aplicados en ellos.*

En los sacramentos vienen á instituirse y restaurarse las tres virtudes teologales: en las tres virtudes teologales *fe, esperanza y caridad* está todo, y fuera de este todo, no está sino la nada y la muerte. Suprímase el *Bautismo,* y ya no tenemos el *ser de gracia* ni *la vida de cristianos;* prescíndase de la *Confirmacion,* y nos falta la fuerza, la robustez para confesar á Jesucristo; quítese la *Penitencia,* y el que ha perdido la gracia primitiva, no tendrá ya sino que aguardar su turno en la mansion de los réprobos; suprímase la *Comunion,* y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía no tiene ya con nosotros ese vínculo permanente de union que nos asegura y que nos sálva; no se piense en el *Orden,* y nuestro carácter social, como católicos, acabó, el sacerdocio no existe y un caos vuelve á interponerse entre los cielos y la tierra; conviértase el *Matrimonio* en un simple enlace carnal, y los hombres vendrán á ser los compañeros del bruto, seres absolutamente degradados, que no viven sino únicamente para la propagacion de su especie. En cuanto á la *Extrema-Uncion* es el bálsamo sagrado que suaviza las penas consiguientes á la proximidad del sepulcro, que da la última purificacion y proporciona un consuelo inefable al verdadero cristiano. Estos siete sacramentos son las siete columnas sobre que reposan los cielos en la tierra. Su importancia es tan grande como la de nuestra propia dicha. Mas para que ellos produzcan en el alma todos sus efectos felices, es necesario recibirlos con dignidad. ¿Qué cosa mas importante que saber cumplir los requisitos indispensables para recibir dignamente los sacramentos de la Iglesia? Pues he aquí el cuarto objeto de la doctrina cristiana.

CAPITULO VII.

EFECTOS MORALES DE LA DOCTRINA CRISTIANA SOBRE EL ESPIRITU.

Las reflexiones que acabamos de hacer en el capítulo precedente acerca de la suma importancia de la doctrina cristiana, entrañan implícitamente cuantas pudiéramos hacer á propósito de sus efectos: porque si la importancia de esta doctrina está fundada en una verdad infalible, una regla perfecta, una comunicacion bien dirigida entre Dios y el hombre y la distribucion de gracias obtenida por la participacion de los sacramentos, es claro clarísimo que la doctrina cristiana tiene dos caracteres: primero, un carácter de fecundidad en el órden de la perfeccion; segundo, un caráctér de trascendencia en el órden de los hechos. La doctrina cristiana en el cuerpo de sus verdades es la plenitud de la ciencia para el entendimiento que las comprende, bien así como en sus trascendencias prácticas es la plenitud de la perfeccion en el hombre que la observa. Mas no queriendo limitarnos á estos simples antecedentes, hemos consagrado un breve capítulo á la manifestacion de sus efectos en la moral del individuo.

La moral ha sido en todos tiempos una necesidad del individuo y de la sociedad, y por eso, aun en los tiempos del paganismo, todas las especulaciones filosóficas venian á terminar en las ciencias morales. Por esto así mismo aun muchos de los incrédulos que han tomado el mayor empeño en combatir nuestros dogmas religiosos, se han reservado con la mas extraña contradiccion hacer en el teatro de las ciencias el papel de moralistas. Han aspirado á mas: han pretendido dar á la moral una perfeccion mas grande y un interes mas general que el que puede recibir de la religion, fundándolo todo en los intereses terrenos, como el célebre Baron de Holbach, ó en el cálculo combinado de la preponderancia de los placeres y de las penas, como el no ménos célebre Jeremías Bentham. Aspirando á la gloria de innovadores, no fueron mas que plagiarios de algunos filósofos gentiles, como Epicuro, y cobrando alguna boga entre ciertos prosélitos contemporáneos suyos, sus teorías han corrido la suerte de todas esas concepciones que, como observa Chateaubriand, tienen su cuna en un libro y su sepulcro en una biblioteca. ¡Cuán otra se muestra esta doctrina divina comunicada por Dios, enseñada por la Iglesia, conservada por la

creencia, difundida por el orbe! La doctrina católica obra sobre el entendimiento, sobre la voluntad y la libertad humana, produciendo en estas potencias trasformaciones de un órden verdaderamente sublime. El entendimiento adquiere, por explicarnos así, con las revelaciones de la fe, una doble luz que le hace mirar mas claro el cielo y la tierra. Incorporándose con la creencia en las regiones del misterio, ve lo que el ojo no vió, oye lo que el oido no oyó; es decir, columbra verdades de un género que no habian posado jamas en la mente de los filósofos, y escucha narraciones que no habian llegado á escuchar los que andaban fuera de las revelaciones divinas. Un Dios trino y uno, un Dios hombre son ideas que no recibió jamas la filosofía, ideas al mismo tiempo que le inician en esa sabiduría que está prometida á los que mueren en gracia, ideas que dan la plenitud al conocimiento de Dios y al conocimiento del hombre, que le manifiestan el verdadero cuadro comparativo de estas relaciones universales entre Dios y las creaturas, y que le hacen, para servirnos de la expresion del Apóstol, tener su pensamiento y su palabra domiciliados en los cielos. [1] Hemos dicho así mismo que esta doctrina suministra al entendimiento una luz mas clara para ver la tierra, y esto merece una ligera explicacion. Fuera de la ciencia del cálculo y del estudio puramente fenomenal del mundo físico, todas las ciencias naturales tuvieron un carácter hipotético ántes del cristianismo. Sistemas ingeniosos mas ó ménos, conjeturas mas ó ménos aproximadas, analogías esmeradamente recogidas, hipótesis corriendo sus épocas de boga y decadencia: he aquí los conocimientos puramente naturales sin el auxilio del cristianismo. Al contrario, desde que la doctrina cristiana fundó los conocimientos universales, la naturaleza empezó á ser mejor conocida: los mundos tuvieron un idioma para revelar al filósofo en el profundo sistema de sus causas finales, no solo el poder sino la sabiduría de Dios y la accion de su providencia; pero sobre todo, las ciencias morales, las ciencias del espíritu, las ciencias del hombre bajo el influjo de la doctrina de Cristo puede decirse sin exageracion que hicieron un tránsito gloriosísimo del caos á la luz, de la nada al ser. Por esto un célebre orador de nuestros dias ha sostenido victoriosamente que la doctrina católica posee una doble forma; conviene á saber, la forma de la fe y la forma de la ciencia.

Es mucha gloria para la doctrina católica el haber perfec-

1 Nostra autem conversatio in coelis est. Phil. cap. III, V. 20.

cionado el entendimiento, dando al individuo la fe y la ciencia, y dando á la sociedad una razon católica y un alto sentido filosófico; pero no se detienen aquí sus tendencias. Mui de otra suerte que la ciencia humana, rompe los diques y arrasa las barreras que se levantan entre el entendimiento y la voluntad: inflama ilustrando, porque es al mismo tiempo luz y fuego, y todas sus percepciones especulativas pasan á ser documentos prácticos, se trasforman en reglas, y en reglas infalibles de conducta. La voluntad tiene una norma en los preceptos divinos, un criterio fijo en el Decálogo: sus pasiones reciben un freno en esta lei saludable, y la esperanza de conquistar el bien sumo la empeña en los caminos de la propia abnegacion, haciéndola progresar en la carrera de los grandes sacrificios. En vez de esos hábitos perniciosos donde se manifiestan los efectos de las pasiones, se radica en esa virtualidad para el bien, alto carácter de la verdadera virtud. De esta suerte la doctrina católica no solo ilustra el entendimiento, sino tambien gobierna la voluntad.

Mas esta voluntad, colocada entre los movimientos de las pasiones y los estímulos de la lei, no puede por sí misma lisonjearse de caminar sin peligro: poseedora de la libertad decaida y enferma desde la primera culpa, puede decirse que se decide frecuentemente por el vicio, haciendo á un lado la virtud. Siente el hombre dentro de sí mismo, como se explica el Apóstol, dos agentes invisibles y poderosos que le solicitan alternativamente, el uno para la carne, y el otro para el espíritu; el uno para los vicios, el otro para las virtudes; el uno para el mal, el otro para el bien; y cada uno recogiendo los datos en sus tristes experiencias, podria decir, como él mismo decia: "hago el mal que no quiero, y no hago el bien que quiero." [1] He aquí la condicion tristísima de la libertad humana, la esencia de la tentacion, que es como la divisa de la vida moral, y la necesidad estrecha de una fuerza sublime, de una fuerza que traspase con mucho el poder de la naturaleza, de una fuerza que, colocándose al lado del cielo nos haga triunfar de nuestras propias pasiones, rija nuestra libertad y nos establezca en la virtud. Esta fuerza es la gracia, "sin la cual nada podemos," como dice Jesucristo, [2] "y con la cual lo podemos todo," como decia San Pablo. De esta gracia por la cual volvemos á ser hijos de Dios y herederos de su gloria, y que obrando igualmente sobre la voluntad y la libertad, nos hace querer con la primera y poder con la segunda "hacer obras, como dice nuestro manual catecismo, satisfactorias y meritorias ante Dios."

1 Rom. cap. VII, V. 19.

2 Sine me nihil potestis facere. Joann. cap. XV, V. 5.

Concluyamos: la doctrina católica encierra la verdadera, la única moral, ilustra el entendimiento en el órden sobrenatural y en el natural, dándole una vista clara para el cielo y tambien para la tierra, gobierna la voluntad con la lei, auxilia la libertad con la oracion, la fortalece con la gracia, y en consecuencia perfecciona y santifica al hombre.

CAPITULO VIII.

INFLUJO DE LA DOCTRINA CRISTIANA EN LA SOCIEDAD.

La perfeccion que el individuo recibe de la doctrina cristiana es la que le prepara para todos los estados de la vida y para todas las relaciones de la sociedad. Ya hemos visto cómo por medio de los sacramentos se santifica el hombre en el estado del sacerdocio ó en el estado de la familia. El sacerdocio y la familia componen las dos grandes divisiones de la sociedad, y ambas reciben su luz y al mismo tiempo su regla de esta doctrina celestial. El matrimonio forma la primera especie de sociedad que se conoce, la sociedad doméstica; y elevado á la categoría de un sacramento, hace que la sociedad de la familia tenga una institucion divina. Esposo y padre el gefe de ella tiene un código á que debe arreglar su conducta para con la compañera de su vida y para con los frutos de su union conyugal. La mujer á su turno, que bajo las legislaciones bárbaras del paganismo habia estado colocada bajo el yugo tiránico de una especie de esclavitud, volvió al rango noble de esposa y madre bajo esta lei de gracia y plenitud. Los hijos á su turno vinieron á ser los objetos de una esmerada solicitud; y aquellos cuya simple existencia habia llegado á ser el fin del matrimonio, mejoraron de destino, pues que sus padres despues de tenerlos, deben educarlos, no para el mundo, sino para el cielo. Las relaciones de esta sociedad, su economía, su administracion y gobierno tienen su historia en el símbolo que nos enseña el orígen de Dios y del hombre. Su destino en el cielo, su código en el Decálogo, su conservacion moral en la oracion y los sacramentos. De esta suerte la familia está colocada toda bajo el influjo de esta doctrina de verdad eterna, de moral santa, de felicidad positiva.

La incorporacion de la familia en la sociedad civil con los

mismos elementos dogmáticos y morales de su formacion, constitucion y gobierno, nos manifiesta el influjo que á su turno ejerce la doctrina católica sobre la sociedad civil. Legislaciones diversas habia tenido el mundo, donde al lado de algunos rasgos de sabiduría y de prudencia, encontramos la barbárie figurando en los códigos. Estaba reservado al cristianismo crear una legislacion moral para la sociedad civil, asociar los intereses del cielo á los intereses de la tierra é ilustrar los caminos del tiempo con la antorcha de la eternidad. La justicia moral vino á colocarse como el gran preliminar de los códigos humanos desde que el Evangelio circuló en la tierra. Su abnegacion religiosa ha venido á establecer las teorías de los deberes de un ciudadano para con otro. Los gobiernos fueron mas fuertes desde que su autoridad quedó sancionada en el código divino, y fueron mas morales y mas benignos desde que se predicó en el mundo que el príncipe es el ministro de Dios para el bien. [1] De esta suerte la doctrina católica tiende, no solo á la perfeccion individual, sino tambien á la perfeccion social, dando una moral á la legislacion de los pueblos y un carácter religioso á la accion de los magistrados.

CAPITULO IX.

DE LA OBLIGACION QUE TODOS TIENEN DE SABER LA DOCTRINA CRISTIANA.

Las reflexiones que hemos hecho en los dos capítulos precedentes sobre la importancia que en sí tiene y los maravillosos efectos que produce en el hombre la doctrina cristiana sabida y guardada, son bastantes por sí para que cada uno reconozca la obligacion que tiene de aprenderla y cumplirla. Pero siendo este punto el mas interesante que puede ofrecerse al entendimiento y á la voluntad humana, es mui del caso tratarle con mayor especialidad. Esta obligacion de todos y cada uno de los seres racionales está fundada en el último fin para que todos fuimos creados. Nuestro manual catecismo coloca la necesidad moral de conocer nuestro último fin al frente de todas nuestras obligaciones cristianas. "¿A qué está obligado el hombre primeramente?

1 Dei enim minister est ...: in bonum. Rom. cap. XIII, ℣. 4.

A buscar el último fin para que fué creado." Esta obligacion indicada por la razon natural y prescrita por la lei divina eslabona, digámoslo así, el órden natural y el sobrenatural en la importante ciencia de nuestros deberes. La obligacion de saber nuestro último fin entraña esencialmente la de poner en práctica los medios eficaces para conseguirle. ¿Cuál es nuestro fin? El servicio de Dios en esta vida y su goce perfecto en la otra. Luego todas las cosas conducentes al servicio de Dios, son otros tantos medios para conseguir este fin, y por lo mismo otros tantos deberes de la moral. "¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?" He aquí una pregunta á que no pudo contestar nunca la filosofía moral del gentilismo, y la mejor prueba de esto es la idolatría y la infamia de las costumbres paganas. Mas el entendimiento ilustrado por la revelacion ve que á Dios se sirve principalmente "con obras de fe, esperanza y caridad." La fe nos enseña "que creamos en Dios como en infalible verdad," y he aquí la sujecion del entendimiento humano al entendimiento divino. La esperanza nos enseña, "que esperemos en Dios como en poder infinito:" he aquí la sumision de la voluntad humana á la voluntad divina. La caridad nos prescribe, "que amemos á Dios como bien sumo:" y como este amor se regula por la lei, la caridad presupone el cumplimiento de la lei y la sumision completa de la libertad humana á los preceptos divinos.

Siendo pues una obligacion precisa de todo cristiano y una condicion indispensable para conseguir la felicidad, creer, esperar y obrar conforme á la lei, aquello que nos enseña á verificar estas tres cosas, es objeto de una obligacion sagrada, y por consiguiente la doctrina cristiana, que se dirige á enseñarnos á creer, á esperar y á obrar, es objeto de una obligacion indispensable. Sabrémos creer, "entendiendo bien el credo y los artículos de la fe:" sabrémos esperar, entendiendo bien el Padre nuestro, ó sea la oracion:" sabrémos obrar, "entendiendo bien los mandamientos que hemos de guardar y los santos sacramentos que hemos de recibir." Infiérese de lo dicho una consecuencia precisa, y es, que todos estamos obligados á saber y entender la doctrina, cuyas partes principales son, como ya se ha dicho, *credo, mandamientos, oraciones y sacramentos.* Esta consecuencia es la última deduccion que hace el sabio catequista que acabamos de citar. "Luego, pregunta, ¿estamos obligados á saber y entender todo esto?—"Sí, responde, porque no lo podemos cumplir sin entenderlo."

La prueba que acabamos de dar, es rigurosamente cate-

quística; pero á ella podremos añadir las que nos suministra la sagrada Escritura.

Jesucristo, al establecer la mision de la enseñanza católica, dijo dos cosas; una al sacerdote y otra á los pueblos. ¿Qué dijo á los sacerdotes? "Id, instruid á todas las naciones enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado: predicad el Evangelio á toda creatura." [1] ¿Qué dijo á los pueblos? "El que creyere se salvará, el que no creyere se condenará." [2] Luego el creer importa una obligacion, en cuyo cumplimiento está cifrada la bienaventuranza, en cuya omision está vinculada una eternidad infeliz. Y ¿se podrá creer, sin saber creer? ¿y se sabrá creer sin doctrina que enseñe á creer? No, ciertamente. De aquí se deduce que, segun el oráculo de Jesucristo, todos están obligados, bajo la pena de condenacion eterna, á aprender la doctrina cristiana. La creencia tiene dos aspectos; uno puramente especulativo que consiste en prestar nuestro asenso á las verdades reveladas, y otro que además es práctico, y consiste en obrar conforme á lo que creemos. Cuando el hombre solo tiene la fe, no observa en su plenitud el precepto de creer; porque la fe sin la caridad y las obras es una fe muerta, y una fe muerta no da la vida eterna. De aquí se infiere que no basta saber creer, sino que es necesario saber esperar; y como la esperanza, cuando no está acompañada de la práctica de la lei, es una esperanza informe, una esperanza estéril, una esperanza vana, no basta saber esperar, sino que es necesario saber obrar bien, y en consecuencia saber cumplir los preceptos de Dios. Veamos pues cómo de las mismas palabras de Jesucristo, de las decisiones del Apóstol y de la voz de la Iglesia se colige rectamente que hai una obligacion estrecha para todos de saber y entender la doctrina cristiana.

Esta obligacion tiene sus grados, segun la clase de personas de que se trata; pero no es de nuestro propósito hablar de ellos en particular, pues reservando para cuando hablemos de los preceptos en la segunda parte de nuestra exposicion de la doctrina católica el tratar especialmente este punto, hemos querido limitarnos aquí á probar en general la obligacion que todos tienen de saber la doctrina cristiana.

1 Math. cap. XXVIII, VV. 19, 20.—Marc. cap. XVI, V. 15.
2 Marc. cap. XVI, V. 16.

CAPITULO X.

DE LAS DISPOSICIONES CON QUE LOS FIELES DEBEN ASISTIR A LA ENSEÑANZA Y PREDICACION DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Si de tal magnitud es para la humanidad entera esta doctrina bajada de los cielos nada ménos que para regenerar la inteligencia y el corazon, para reformar al hombre y volver á la vida el mundo intelectual y moral, *sentado*, como dice el Profeta, *en las tinieblas y á las sombras de la muerte*, [1] ¿cuál debe ser nuestro afan é incansable solicitud en adquirirla y observarla? Dios la comunica ó la niega segun el espíritu con que se la oye y recibe: á unos los llena de luz, á otros los deja en las tinieblas. ¡Verdad terrible que debe penetrarnos de espanto; pero verdad acrisolada en todas las pruebas, justificada y robustecida por siglos de experiencia! He aquí porqué despues de haber manifestado la estrecha necesidad que todos tienen de poseer esta doctrina en que está vinculada nada ménos que la eterna felicidad, nada nos parece tan conveniente como hablar de las disposiciones que ella exige para su provechosa comunicacion de parte de los fieles.

Estas disposiciones deben ser análogas en todo al fin que debe proponerse cada uno en el conocimiento y observancia de la doctrina cristiana; es decir, deben enderezarse todas á la posesion de Dios, en la cual está cifrada nuestra verdadera y única felicidad; y como para llegar á este fin habemos menester de la luz que nos comunica la fe, de la fortaleza que nos da la esperanza y de la rectitud en que nos coloca la caridad, claro es, que necesitamos un entendimiento dispuesto al sacrificio completo de la razon en cuanto no es de su resorte, una abnegacion de nuestro propio poder segun la medida de la esperanza, y por último, una consagracion exclusiva del corazon para conservar los vínculos eternos de ese amor á que nos llama nuestro propio fin y á que nos conduce la palabra evangélica. Es decir, que cada uno de los fieles debe presentarse á la enseñanza ó predicacion de la doctrina, como un ciego que necesita de luz, como un débil que ha menester de fuerza, como un pecador que busca el recobro de la caridad y su inalterable conservacion en su penitencia y perseverancia. En suma, debe asistir con fe,

1 Luc. cap. I, V. 79.

con confianza y con solicitud: he aquí las tres principales disposiciones que deben preparar nuestras almas como una tierra limpia y sin abrojos, en gran manera á propósito para recibir, con la semilla de la palabra divina y el benigno rocío de la gracia, cuanto basta para dar ópimos y numerosos frutos de bendicion. Nunca debemos olvidar lo que Jesucristo quiso darnos á entender á este propósito en la célebre parábola del sembrador: parábola de un sentido profundo, altamente significativa, que pone á los ojos de la humanidad entera las disposiciones que por su naturaleza exige la santa predicacion del Evangelio en los diferentes resultados que produce la semilla que se deja caer en un campo erizado de piedras y cubierto de abrojos, de la que se deposita en una tierra vírgen, digámoslo así, ó dispuesta por el beneficio á recibir el arado con docilidad, y la semilla con provecho. [1]

Nada seria tan grato como un corazon que representase aquella tierra vírgen; pero el no poseerle así no es por esto un motivo para desesperar. Sábese mui bien que el que pierde la inocencia, no ve morir la esperanza, puesto que, mediante una conversion verdadera, puede ofrecer á la gracia de Dios las mas felices disposiciones del alma, y reconquistar con el conocimiento y práctica de la doctrina de Cristo la posesion de aquel inmenso y escondido tesoro que, segun la parábola de Jesucristo, compró el ávido mercader con el cuantioso caudal que habia reunido en su vida: [2] el tesoro que, para valernos de la expresion del Sabio, no se adquiere con el oro, las margaritas y las preciosas piedras, que preexiste á cuanto hai y que estaba en Dios mucho tiempo ántes de que empezasen á desfilar los siglos, [3] esta palabra de Dios que no puede venir de lleno á nuestras almas, digámoslo así, sino encendiendo en ellas el fuego é inundándolas en un océano de luz; porque la palabra de Dios es un rayo de su luz increada, una chispa de su fuego divino, y por esta razon el Verbo Eterno, como dice el Evangelista, ilumina á todo hombre que viene á este mundo; [4] y por esto vino tambien, como dice Jesucristo, á pegar fuego á la tierra, [5] para producir en ella ese grande incendio de amor en que, inmoladas todas las miserias, todas las bajezas, todos los crímenes, la concupiscencia en todas sus fases, quedará solo en

1 Math. cap. XIII, VV. 3 y siguient.
2 Math. cap. XIII, V. 44.
3 Eccli. cap. XXIV, V. 14.
4 Joann. cap. I, V. 3.
5 Luc. cap. XII, V. 49.

pié ese digno y sublime conjunto de atributos morales que constituyen y caracterizan á los verdaderos hijos de Dios, preparan en las virtudes de la tierra las glorias del cielo, y colectan por toda esta inmensa Babilonia del mundo á los consocios de los ángeles y futuros moradores de la eterna Jerusalen.

La primera disposicion pues con que cada uno debe asistir á escuchar estas lecciones sagradas, es una fe humilde y sencilla. Mas no por esto se crea que ha menester el hombre de entrar en guerra con su propia razon, eclipsando para siempre sus luces. A propósito de la razon podemos decir aquí lo que nuestro Señor Jesucristo decia sobre todo el hombre, lo que ha dado tánto que cavilar á la razon misma, y tánto que aprovechar á la piedad y á la fe: "*el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la perdiere, la salvará:* [1] y lo dirémos, no para tachar de paradójico é ininteligible el sagrado texto, sino para exclamar, con uno de los mas bellos luminares de la Iglesia católica: "Felices los que aborrecieron conservando, con el fin de no irlo á perder todo, empeñándose en la intensidad de un amor mal entendido." [2]

A este modo pudiéramos decir tambien aquí: el que, idólatra de su inteligencia, intenta llenarla de esplendor, buscando en sí mismo el principio de la luz, quedará inevitablemente hundido en las tinieblas, se alimentará siempre con los errores y vivirá en la mas profunda ignorancia; miéntras aquel que, bien advertido acerca del verdadero orígen de la verdad y de la luz, entra espontáneamente en la santa oscuridad de los misterios y abate y humilla su propio entendimiento ante las tinieblas saludables y santas de la fe, desconfiando siempre de sí mismo y anhelando constantemente por la luz que baja de los cielos, ese dichoso mortal salvará su inteligencia misma, se verá inundado en un océano de esplendor, haciendo la brillante conquista de la verdad universal y poseyendo aquella luz de luz, [3] que tanto resplandece en la sublime razon del cristianismo.

Esta primera disposicion es fundamental en todo sentido, porque es la disposicion de fe, y una disposicion para la fe que entra por el oido con la palabra de Jesucristo y contituye, segun el Santo Concilio de Trento, el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion. [4]

1 Math, cap. XVI, V. 25.
2 Felices qui oderunt custodiendo, ne perdant amanda. D. Aug. Trat. 51 in Joann.
3 *Lumen de lumine.* Simb. de Nic.
4 Sec. VI. de justificat. cap. VIII.

Esta santa disposicion se funda en el conocimiento de Dios y de nosotros mismos. Este nos manifiesta por todas partes nuestra limitacion y nuestra incapacidad, pues aun en el órden puramente humano apénas hai cosa que no burle con sus incertidumbres el orgullo de nuesta propia razon. Los objetos mas insignificantes al parecer vienen á ella entre la oscuridad y la luz, franqueándonos su presencia y encubriéndonos su naturaleza intrínseca, muchas de sus causas secundarias y hasta su misma causa primera, si no apelamos á Dios. El filósofo impío se rebela en su orgullo contra nuestros misterios réligiosos, porque no los entiende; pero, ¿cómo no se incomoda con la naturaleza física, poco ménos inaccesible á su capacidad? Entrando en lo mas profundo de nosotros mismos, para registrar en la soledad de la meditacion el misterioso libro de la vida, registrando con esmerada escrupulosidad la historia de nuestros pensamientos; siguiendo fielmente la carrera de nuestras ideas desde la infancia de la razon hasta el estado presente; analizando nuestro saber, encontramos con demasiada frecuencia doctrinas vergonzantes que se presentan en traje de incógnitas, bien así como esos forasteros desconocidos que llegan á las puertas de nuestras casas, y que, por anticipadas noticias que tengan de nuestra caridad y misericordia, no hallan en estas cualidades nuestras unas garantías competentes contra la inseguridad de su persona, las dudas acerca de su carácter, y los justos recelos en órden á su comportamiento: no se les despide es verdad, porque la caridad nos manda que demos posada al peregrino; pero tampoco nos entregamos á ellos, porque el buen consejo nos enseña, que andemos cautelosos contra una sorpresa, inevitable en la ligereza de nuestra conducta. Tal nos parece la sabiduría puramente humana, y hablando con franqueza, nunca hemos dejado de verla colocada entre los prestigios de la novedad y los desengaños de la experiencia. No nos cansemos, solo cuando nuestro saber está apoyado en la palabra de Dios, poseemos una ciencia positiva y segura, una ciencia firme é incontrastable, una ciencia probada en los resultados, victoriosa en todos los combates, acrisolada en todas las experiencias, una ciencia, por último, fecunda, práctica, la cual nos conduce de conocimiento en conocimiento hasta Dios de donde desciende y en el cual termina.

Entónces formamos nosotros un raciocinio mui sencillo: si Dios es la fuente del ser, la causa de todas las causas, ¿podrá ser nunca nuestra pobre razon fuente de la verdad y principio de la sabiduría?, Entónces nuestras almas vuelan en pos de la doctrina, en seguimiento de la sabiduría, en busca

de la luz hasta el trono excelso de la Sabiduría increada: colocamos nuestro entendimiento en el seno de nuestro corazon profundamente humillado, sin tener otra conviccion á semejante propósito, que la de nuestras propias tinieblas, este caos de la naturaleza humana, siempre antiguo y siempre nuevo, donde no puede sentirse la presencia de la verdad, miéntras la voz del Creador no haya resonado allí con aquellas palabras sublimes del mas antiguo de todos los libros: *Hágase la luz.*[1]

Tal es la primera disposicion con que un verdadero fiel debe presentarse á escuchar la palabra divina, un conocimiento profundo de sí mismo que haya radicado en su alma el sentimiento saludable de las propias tinieblas, de la propia incapacidad é ignorancia, y un conocimiento igual acerca de Dios, que nos le manifieste de continuo como el Padre de la luz, la única fuente de la sabiduría, el principio eterno de la verdad.

Pero no es esto lo que basta para conseguir nuestro fin. ¿De qué serviria el convencimiento de nuestras tinieblas y de nuestra ignorancia, si la sed instintiva y ardiente que tenemos por otra parte de luz y de verdad no estuviese prevenida con las promesas de Dios y nuestro propio juicio de que ha de ser apagada y satisfecha? La segunda disposicion pues, con que debe presentarse cada uno á la enseñanza de la doctrina es una disposicion de esperanza, que consiste en aquella seguridad íntima que nos inspira la misma fe, de que Dios ha de conceder á cada uno de los que sinceramente le buscan, todo lo que desea en órden á su vocacion eterna, comunicándole con abundancia magnífica la verdad y la luz con la palabra evangélica.

Pero sobre todo es necesario ensanchar esta esperanza hasta darla toda esa amplitud que le comunica el vehemente deseo de la caridad. "Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras." Bien está, podriamos decir aquí, explanando el pensamiento del Santo Doctor de la Iglesia, bien está que alguno deplore la cortedad de su memoria, la limitacion de su capacidad, la esterilidad de su discurso; pero á todos les diriamos con otro Santo Padre: "¿y no podéis amar?" ¡Ah! podemos y mucho amar á Dios y á nuestro prójimo; y esto bastará incontestablemente sin necesidad de los talentos, de la vasta memoria y de las otras cualidades de la inteligencia, para que la palabra de luz y de vida, descendiendo á nosotros, caiga como la semilla robusta en una tierra dócil y fe-

1 Génes. cap. I, ℣. 3.

cunda, y germinando allí, brote, y crezca, y multiplique sin fin en el sentido de nuestra eterna felicidad sus preciosos frutos de salud y de bendicion.

Tales son las disposiciones que Dios exige de parte del hombre para comunicarle esta ciencia de todas las ciencias que encierra todas las verdades conducentes á nuestro principio, nuestra conducta y nuestro último fin. Excusado nos parece hablar aquí de las disposiciones del entendimiento; porque ellas, en lo que pudiera exigirse, vienen en consecuencia de las disposiciones de la voluntad. El que se penetra de la importancia que en sí tienen las verdades de la fe, los documentos de la moral, la institucion de los sacramentos y las comunicaciones frecuentes con Dios mediante la oracion, no necesita de otra cosa para consagrarse todo á la adquisicion de un tesoro inapreciable en todo sentido. El que sepa que nadie puede ver y gozar á Dios en la otra vida, sin amarle y servirle en esta; ni amarle y servirle en esta vida sin la fe, la esperanza y la caridad; ni poseer la fe, si no conoce las verdades que ella enseña, ni la esperanza tampoco, si acaso ignora los preceptos que arreglan la conducta, y la oracion que nos adquiere las gracias; ni adquirir estas gracias si no tiene idea de los sacramentos por cuyo medio se nos comunican; es claro clarísimo que esta sola consideracion le bastará para cifrar en la adquisicion perfecta de la doctrina cristiana toda su felicidad, pues que saber y practicar la doctrina cristiana es adquirir títulos para el cielo. Es pues necesario no asistir á su exposicion sino aplicando á ella todo el espíritu; el entendimiento, para entender lo que se oye, la memoria para retenerlo, la reflexion para meditarlo, y así todas las facultades del entendimiento. Esta aplicacion constante á meditar las verdades eternas que nos conducen á la bienaventuranza, es y ha sido siempre un objeto que arrebata de preferencia el alma de los justos. El Profeta-Rei nos dió un bello tipo de lo que debemos practicar en este punto, al tratar de lo que él hacia y de lo que alcanzaba con el estudio continuo de esta doctrina celestial. Convirtiéndose á Dios, para encarecer á sus divinos ojos todo lo que sentia con respecto á esta sabiduría de los cielos, se explica de esta suerte: "¡De qué manera, ¡oh Dios mio! he amado tu lei! Todo el dia es ella el objeto de mi meditacion." Estas palabras manifiestan dos cosas: primera, que las disposiciones del que aprende, deben estar fundadas en el amor. No se trata de una especulacion estéril, de un objeto que, reducido á la esfera del entendimiento, no trasciende á la voluntad, sino de un objeto al cual se camina sobre

los sentimientos del amor, un objeto que se busca porque se ama, un objeto en el cual está cifrado todo lo que puede satisfacer la inteligencia y al mismo tiempo el corazon. Lo segundo que aquí vemos es, que este amor exige una prueba, la prueba de las obras; que Dios no puede quedar satisfecho con un amor ideal, digámoslo así, con un amor de mero sentimiento, sino que exige un amor laborioso, un amor activo, un amor comprobado con las obras: he aquí porqué funda el Profeta-Rei en la meditacion constante el amor que tiene á la lei del Señor.

Los resultados de esta aplicacion continua de nuestras facultades á la santa doctrina de Jesucristo, están profetizados, digámoslo así, en los maravillosos efectos de que habla David cuando dice, que por este medio ha adquirido esa prudencia que triunfa de todos los enemigos; que se ha elevado en saber sobre todos sus maestros; que ha excedido con su inteligencia á la sabiduría de los ancianos; que halló en esta lei misma el infalible medio de caminar sin tropiezo por los senderos de la vida, haciéndose capaz de no penetrar por ninguna de las veredas que conducen á la perdicion: que adquirió esa justicia práctica que no se aparta nunca del supremo juicio del Altísimo. Despues de haber discurrido sobre los maravillosos efectos que produce la meditacion constante de esta santa doctrina, desciende á la region de los sentimientos para pintar los goces supremos que disfruta el alma recreándose con la palabra divina. "¡Cuán dulces, exclama, son, Señor, tus palabras para mi paladar; exceden con mucho en mis labios á la dulzura de la miel!"

No multiplicarémos los ejemplos: mui espléndido es el que nos da este maestro de espíritu, este Rei penitente, que, habiendo hecho en sí todas las experiencias, puede dar á todos lecciones sapientísimas acerca de la conducta moral.

CAPITULO XI.

OBLIGACION QUE TIENEN LOS PASTORES DE ENSEÑAR LA DOCTRINA CRISTIANA.

La revelacion de estas verdades divinas que enseña la doctrina católica; la necesidad que el mundo tenia de esta revelacion para salir de sus errores y sus vicios; el empeño con que Jesucristo nuestro Señor predicó esta doctrina durante su vida; la solicitud con que encargó á sus apóstoles